

XI

El joven patricio se llevó la mano al corazón, adonde había afluído una oleada de sangre. ¡Por fin lograba verla! La muchedumbre y el anciano desaparecieron de su vista; olvidóse de cuantas cosas incomprensibles acababa de oír; absorbió Ligia inteligencia, sentimientos, voluntad... ¡Después de tantas ansias, de tantos esfuerzos, congojas y sufrimientos, había logrado encontrarla! Por primera vez en su vida se hacía cargo de que el júbilo podía desgarrar el pecho y oprimirlo hasta el punto de causar angustiosa sofocación. ¡El! que había llegado á imaginarse que la Fortuna tenía el deber de servirle satisfaciéndole todos los caprichos, apenas osaba creer ahora en sus propios ojos; dudaba de su dicha. Esta incredulidad impidió que su natural intemperante y fogoso se desbordara llevándole á cometer una imprudencia. Dudando estuvo algunos instantes si era realidad el hallazgo de Ligia ó si, por el contrario, se trataba de una visión, de uno de aquellos prodigios de que le había llenado la cabeza el discurso del venerable anciano. ¡Mas, no! ¡Era Ligia, y de ella le separaban sólo algunos pasos!

La llama de la hoguera la iluminaba por completo; había dejado caer el velo que le cubría la cabeza, y con los cabellos en desorden, los labios entreabiertos, los grandes ojos azules clavados en el Apóstol, tenía la expresión del éxtasis. Vestida con sencillo traje de lana obscuro, cual humilde plebeya, jamás pareció tan hermosa á Vinicio, quien, no obstante su agitación interior, notó con asombro el raro contraste que ofrecía la corrección de líneas de la delicada testa patricia de la muchacha con aquel vestido burdo y pobre que la asemejaba á una esclava. La llamarada de amor corría por todo su cuerpo, amor inmenso, mezcla extraña de tristeza, respeto, adoración y tormento. Mirándola, sentía inefable dulzura y no se saciaba de contemplarla, como el viajero que apaga sed abrasadora, sufrida largo tiempo, en fuente cristalina. Al lado del gigantesco Oso, le pareció á Vinicio más pequeña que antes, casi una niña. Había enflaquecido algo. Su tez tenía una transparencia como espiritual, y su continente le produjo al patricio la singular impresión de una flor que envolviera un alma.

Cuanto más la contemplaba más crecía su deseo de poseerla, pues aquella espiritualidad la diferenciaba principalmente de cuantas mujeres había conocido en Oriente y en Roma; y así habría continuado contemplándola, y en esta contemplación se habría embriagado, si Quilón, temeroso de que una imprudencia del joven patricio despertara sospechas en los que les rodeaban, no le hubiese tirado del manto.

Los cristianos á la sazón cantaban á coro una plegaria. Poco después el Apóstol empezó á bautizar, con el agua de la fuente, á los que le presentaban los presbíteros como dignos de recibir este sacramento. A Vinicio le parecía interminable aquella noche. Por fin, empezaron á salir del cementerio los fieles.

—Vámonos, señor—susurró Quilón.—Sin duda por no habernos descubierto, hay quien nos observa.

Fuera del recinto amurallado, se colocaron en sitio desde donde pudieran ver bien á los que salían, por más que no era difícil descubrir á Oso, dada su gigantesca estatura.

—Siguiéndolos—dijo Quilón—veremos dónde se meten, y mañana .. mejor dicho, hoy, haciendo tomar todas las salidas de la casa por tus esclavos, podrás apoderarte de la muchacha tan guapamente.

—No—contestó Vinicio.—Entraremos tras ella y nos la llevaremos sin demora. Con que ya sabes lo que te toca, Crotón.

—Si—dijo éste—y consiento en ser tu esclavo si no hundo las costillas á ese búfalo que la custodia.

Quilón trató de disuadirle de este propósito.

—Hemos traído á Crotón—observó—para que nos defienda caso de ser descubiertos y agredidos; mas no para apoderarnos de la muchacha. El intento es arriesgado y puede costarnos la vida; además de que os exponéis á que se escape de nuevo la presa y busque otro refugio ó huya de Roma. ¿Por qué no asegurar el golpe?; ¿por qué comprometer tontamente el éxito de la empresa?

Si bien el patricio tuvo que contenerse en el cementerio para no echarse sobre Ligia y llevársela, comprendió que al griego le asistía razón y hubiera seguido acaso su consejo á no intervenir el atleta movido por la codicia de la recompensa.

—Señor—dijo—manda á ese majadero que se calle ó le rompo los hocicos de un puñetazo. Una vez, hallándome en Bussento, para tomar parte en ciertos espectáculos organizados por Lucio Saturnino, cayeron sobre mí juntamente siete gladiado-

res borrachos, y no quedó uno con las costillas sanas. No digo yo que debamos apoderarnos de la chica en seguida, pues la muchedumbre podría rompernos la cabeza á pedradas; pero en cuanto haya entrado en su casa, la cojo sin más contemplaciones y la llevo adonde te plazca.

— Así se hará, ¡voto á Hércules! — exclamó gozoso Vinicio. — Mañana acaso no la halláramos. Bastaría la sospecha de haber sido expiados para que escondieran á Ligia en sitio más seguro.

— El gigante ese — añadió suspirando el griego — me parece hombre terriblemente forzado.

— Puedes estar tranquilo. No tendrás que sujetarle con tus brazos — replicó Crotón.

Continuaba lentamente el desfile de los cristianos. Los gallos saludaban ya el nuevo día cuando salieron Oso y Ligia acompañados de algunas personas, entre las cuales Quilón reconoció al Apóstol. Iban con éste, además, otro anciano, de estatura mucho más baja, dos mujeres entradas en años y un muchacho que les alumbraba los pasos con una linterna. Este grupo era seguido por unos doscientos cristianos, con los cuales se mezclaron Vinicio, el griego y Crotón.

— Observa, señor — decía el filósofo. — Tu virgen se halla bajo una poderosa protección. Es nada menos que el gran Apóstol quien va á su lado. Mira como se hincan todos de hinojos á su paso.

El patricio, cediendo á las insistentes súplicas de Quilón, le entregó, mientras iban caminando, para animarle á proseguir la empresa, la bolsa que la tarde anterior le había hecho dejar encima de una mesa. Al griego, á quien esto, le produjo el efecto de un cordial, continuó discurriendo alegremente.

— No pierdo la esperanza — decía — porque Hércules y Teseo realizaron mayores proezas y no se puede negar que mi queridísimo amigo Crotón es un verdadero Hércules. A ti, excelso tribuno, no te llamaré semidios porque, á mi entender, eres un dios hecho y derecho, y confío en que tu liberalidad me sacará para siempre de apuros... No es mucho lo que me hace falta puesto que yo, cuando me engolfo en la lectura de mis libros, olvido todo lo demás... Una casita con un reducido pórtico para tomar el fresco en verano y su poco de jardín satisfarían todas mis ambiciones... Mientras vosotros llevaréis á cabo esta singular y atrevida empresa, yo, desde lejos, impetraré la protección de Júpiter, y, caso de que os amenace algún riesgo, gritaré

de manera que acudirá á socorremos medio Roma... La verdad es que me siento fatigado... Si Crotón, no menos generoso que atlético, colocándose sobre la planicie de sus hombros, se dignase llevarme á cuestras hasta las puertas de la Ciudad, conseguiría tres cosas: en primer término, tantearía sus fuerzas para averiguar si están en disposición de llevar á la muchacha; en segundo lugar, imitaría á Eneas, y, por último, se captaría la benevolencia de todos los dioses, con lo que podría quedar tranquilo respecto al éxito de la empresa.

— Preferiría llevar una oveja muerta de un mes — contestó el tribuno. — Pero si me das la bolsa que te ha entregado el tribuno, ningún inconveniente tengo en descansar tus piernas.

— ¡Así te rompas el dedo gordo del pie! — exclamó el griego. — ¿Ese es el fruto que has sacado del sermón de aquel respetable anciano? ¡Pues qué! ¿No te ha probado como dos y tres son cinco que la piedad y la pobreza son virtudes fundamentales? ¿No te ha dicho que tienes el deber de amarme?... Veo que no será posible hacer de ti ni un cristiano á medias, y que antes penetrará el sol por los muros de la cárcel Mamertina que la verdad en tu cráneo de hipópótamo.

El atleta, dotado de enorme fuerza brutal, pero desprovisto de todo sentimiento humano, respondió:

— Ténlo por seguro. ¿Cristiano yo?... ¡jamás! No quiero privarme de los medios de ganarme el pan...

— Si tuvieses un conocimiento meramente superficial de la filosofía, sabrías á estas fechas que el oro es pura vanidad.

— Ponte al alcance de mis puños con tu decantada filosofía, y pronto sabrás, gracias al capirotazo que te daré en el vientre, cual es la mejor.

— No habría contestado con más profundidad el mismísimo Aristóteles — concluyó el griego.

Amanecía. La luz indecisa del alba daba á todos los objetos un tono pálido, y los árboles, los edificios, los monumentos sepulcrales esparcidos á lo largo de la vía, surgían de las sombras, destacándose con limpieza de contornos. Los campesinos conducían en mulos y asnos las hortalizas á la Ciudad; rechinaban las ruedas de los carros en que era transportado el ganado para el abastecimiento público; ligerísima niebla, nuncio de tiempo espléndido, flotaba sobre la campiña, y las figuras humanas, envueltas por esta niebla, ofrecían fantástico aspecto. Vinicio no apartaba la vista de Ligia.

— Señor — le dijo Quilón, estando ya cerca de las murallas — te ofendería si pensase que tu munificencia puede tener límites; mas ahora, después de haberme remunerado, no sospecharás que me incita el interés personal. Oye, pues, mi consejo. En cuanto sepas donde vive la hermosa Ligia, corre á tu casa y vuelve con esclavos; no des oídos á ese mentecato de Crotón, el cual se ha empeñado en robar á la muchacha para tener luego derecho á exprimir tu bolsa, como se exprime la cuajada para la elaboración del queso.

Al llegar á las puertas de Roma presenciaron un hecho asombroso. Dos pretorianos se postraron á los pies del Apóstol y éste les bendijo con la señal de la cruz. A Vinicio ni siquiera se le había venido á las mientes que pudiese haber cristianos entre los soldados; mas entonces tuvo que reconocer que la nueva doctrina se propagaba de día en día, de la misma manera que en una población incendiada las llamas se extienden de un edificio á otro con rapidez portentosa.

Al atravesar los solares contiguos á los muros de la Ciudad los cristianos se dispersaron en varias direcciones, y á Vinicio y sus acompañantes les fué preciso redoblar la cautela para no infundir sospechas. Quilón, quejándose del reuma y de tener llagas en los pies, quedábase á la zaga, sin ninguna oposición por parte del patricio, quien pensaba que de poco les había de servir un ente tan cobarde. Así anduvieron hasta el Tiber.

Estaba á punto de salir el sol cuando se disgregó también el grupo en que iba Ligia. El Apóstol, con una anciana y el muchacho que llevaba la linterna, tomaron por la orilla del río, mientras que el viejo de baja estatura, Oso y Ligia se metían en una callejuela, y, andados un centenar de pasos, entraban en el vestibulo de una casa en la que había dos tiendas: de aceites una y de pájaros la otra.

El griego, que seguía á respetable distancia á Vinicio y á Crotón, paróse de pronto y les llamó; entrambos retrocedieron para ponerse de acuerdo. El patricio ordenó al filósofo que fuese á ver si la casa tenía salida por otro lado, y éste, sin acordarse más del reuma ni de las llagas, echó á correr de manera que parecía llevado por las alas de Mercurio, y estuvo luego de vuelta.

— No — dijo — no hay más puerta que ésta.
Y, juntando las manos en actitud de súplica, añadió:

— En nombre de Júpiter, de Apolo, de Vesta, de Cibeles, de Isis y de Osiris; en nombre de Mitra, de Baal y de todos los dioses del Oriente y del Occidente, yo te conjuro ¡oh señor! á que no llesves á cabo tus descabellados propósitos... Escúchame...

Calló súbitamente, espantado por haber visto relucir los ojos de Vinicio como los de un lobo. Bastaba mirarle para comprender que nadie, ni nada, le detendría ya. Crotón aspiraba el aire á grandes bocanadas, ensanchando hasta lo indecible su pecho hercúleo, y movía á derecha é izquierda, pausadamente, la cabeza, cual oso enjaulado.

— Entraré el primero — dijo.

— ¡Sígueme! — ordenó Vinicio con voz de mando.

Y desaparecieron en un oscuro corredor.

Quilón no paró hasta la esquina más próxima, donde se puso ansiosamente en acecho.

XII

En cuanto hubieron traspasado los umbrales de la casa comprendió Vinicio todas las dificultades del intento. Era aquel un vasto edificio de varios altos, una de aquellas inmensas construcciones romanas con docenas de chiribitiles destinados á viviendas de familias pobres. Por regla general, construíanse estas casas aprisa y corriendo, y no pasaba año sin que alguna se derrumbase aplastando á los infelices inquilinos.

En una ciudad donde muchas calles no llevaban nombre, no es de extrañar que tales casas no tuviesen número. Sus dueños confiaban á esclavos el cobro de los alquileres, y como no estaban obligados á declarar ante las autoridades los nombres de los inquilinos, era muy frecuente que los ignorasen y difícil averiguarlos, especialmente cuando en la casa no había porteros.

Vinicio y Crotón, después de haber atravesado el oscuro corredor, se encontraron en un patio de no grandes dimensiones, especie de atrio común á todo el edificio, en cuyo centro una fuente arrojaba cristalino chorro de agua en tosca pila. Arrancaban de este patio las escaleras, en parte de piedra, en parte de madera, que conducían á las galerías en que se alineaban los cuartos superiores. En la planta baja había también

numerosas habitaciones, cerradas unas con puertas de madera, otras simplemente con sucias y andrajosas cortinas. Dormían todavía los inquilinos, exceptuando los que acababan de regresar del Ostriano.

— ¿Qué hemos de hacer, señor?—preguntó Crotón parándose.

— Esperemos aquí—contestó Vinicio.— Alguien se dejará ver... y conviene que no nos vea á nosotros.

Al patricio se le alcanzó entonces cuán atinadas eran las advertencias de Quilón. A disponer de unos cincuenta esclavos, habría podido hacer guardar la puerta y registrar todas las habitaciones, mientras que ahora, si no daba en seguida con la de Ligia, exponíase á malograr la empresa, pues no le cabía duda de que al menor grito de alarma saldrían los cristianos, que necesariamente habían de ser numerosos en aquella colmena, é impedirían el rapto, haciéndoles trizas á él y á Crotón en caso necesario. Estaba ya dispuesto á volver sobre sus propios pasos para ir en busca de esclavos, cuando se levantó una cortina, y, con un lebrillo en la mano, apareció Oso que se dirigía á la fuente.

— ¡Es el ligio!—susurró el tribuno.

— ¿He de romperle las costillas en el acto?—preguntó Crotón.

— Espera.

Oso no advirtió su presencia, pues se hallaban en la obscuridad del corredor. Púsose á lavar las hortalizas que llevaba en el lebrillo, y, terminada la faena, volvióse por donde había venido. Vinicio y Crotón se arrojaron tras él, creyendo entrar en la habitación de Ligia; mas ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse en otro corredor, todavía más obscuro, que conducía á un jardín sombreado por mirtos y cipreses, y en el cual se levantaba una casita, arrimada al muro del fondo!

Bien echaron de ver entrambos que favorecía sus intentos esta circunstancia, pues á vivir Ligia en uno de los chiribitiles que daban al atrio común difícilmente hubiesen evitado que los demás inquilinos notaran lo que ocurría. En el jardín contaban con el aislamiento. Nada más sencillo, pues, que deshacerse de Oso, coger á la doncella y salir.

El ligio estaba á punto de entrar en la casita, cuando el ruido de pasos le llamó la atención. Volvióse, y al encontrarse con los dos hombres, se detuvo, dejó el lebrillo en el umbral y preguntó:

— ¿A quién buscáis?

— ¡A ti!—contestó Vinicio.

Y, dirigiéndose á Crotón, añadió:

— ¡Mátalo!

El atleta saltó como un tigre, y sin dejar tiempo al ligio para darse cuenta de la situación, lo estrechó entre sus brazos de acero.

Enteramente confiado Vinicio en la fuerza hercúlea de Crotón, no esperó el resultado de la lucha. Dirigióse casi corriendo á la casita, y, empujando la entornada puerta, hallóse de buenas á primeras con Ligia en una modesta estancia iluminada por los resplandores rojizos del fuego que ardía en el hogar. Estaba con ella el anciano que había venido acompañándoles desde el cementerio. Antes que pudieran reponerse de la sorpresa, el tribuno cogió á la doncella, cual si fuera una pluma, y salió, rechazando violentamente al anciano que trató de oponerse al rapto. Con el movimiento brusco que para esto hizo le cayó la capucha, quedándole enteramente descubierto el rostro. A Ligia se le heló la sangre en las venas al reconocerle; trató de pedir socorro, pero la voz le expiró en la garganta; procuró entonces agarrarse á las jambas, y sus dedos sólo rozaron la piedra; y hubiese perdido los sentidos á no sacudirle violentamente los nervios el horroroso espectáculo que se ofreció á su vista.

Oso apretaba entre sus brazos el cuerpo de un hombre con la cabeza colgante y teñida en sangre la boca. Al ver á Vinicio con Ligia, asestó un último puñetazo al cráneo del atleta y se arrojó, como fiera herida, sobre el segundo enemigo.

— ¡Estoy perdido!—pensó el joven patricio. Luego oyó, como en sueños, una voz que decía: «¡No le mates!» y sintió que le abrían los brazos con los que tenía enlazada á la doncella... Después se le nublaron los ojos y perdió el sentido.

Quilón, agazapado en la esquina, esperaba el resultado de los acontecimientos.

— Si es feliz el éxito—decía para su colete—bueno será que Vinicio no me halle lejos de aquí.

Urbano no le daba que temer, bien seguro de que Crotón lo haría trizas del primer puñetazo.

— Pero si se alarmase la gente y pusieran en aprieto á Vinicio, proseguía diciendo, les dirigiría la palabra, presentándome

como autoridad encargada de cumplir órdenes del César, y excusado es decir como me recompensaría el tribuno este servicio. En último extremo, reclamaría el auxilio de los guardias de seguridad ó de los pretorianos...

Pero el tiempo iba pasando y Quilón empezó á sentir cierta inquietud.

—Si no dan en seguida con el nido—dijo—pondrán sobre aviso á los cristianos y escapará el pájaro.

Esta suposición le halagó, porque echó de ver en seguida que el fracaso de la empresa podría constituir para él nueva fuente de recursos, ya que sería preciso reanudar las pesquisas para encontrar el nuevo refugio de la doncella.

—Ocurra lo que quiera—pensó—esos dos trabajan en beneficio mio, sin que lo sospechen... ¡Oh, dioses!... ¡Concededme nada más!...

No continuó, porque estando en este punto de sus reflexiones vió asomar á la puerta de la casa la cabeza de un hombre que miraba alternativamente á uno y otro lado de la calle. No pudo distinguir su fisonomía.

—¿Será Vinicio ó Crotón?—discurrió.—Pero si ya se han apoderado de la joven ¿por qué ésta no grita?; ¿y por qué inspeccionan la calle? De todas maneras alguien les ha de ver, puesto que antes de llegar á las Carinas estará despierta toda la Ciudad. ¿Qué pasa, pues? ¡Por los dioses inmortales!...

Súbitamente los pocos pelos que tenía en la cabeza se le erizaron. Acababa de aparecer en la puerta Oso llevando en hombros el cuerpo inerte de Crotón, y después de haber dado otra mirada escrutadora á lo largo de la calle, se dirigió corriendo hacia el río.

Quilón se comprimió contra el muro.

—¡Si me ve, me mata sin remisión!—dijo para si.

Pero Oso, sin advertir su presencia, desapareció tras la casa contigua. El griego echando á correr entonces, como alma que lleva el diablo, no paró hasta el fondo de un callejón sin salida.

—Si al volver me descubre y logra darme caza, estoy perdido sin remisión—pensó.—¡Sálvame, oh Júpiter! ¡Venid en mi ayuda Apolo, Mercurio!... ¡Ten piedad de mí, Dios de los cristianos!... ¡Saldre de Roma para siempre! ¡Me iré á Mesambria! Pero libradme de caer en las garras de ese demonio...

Antojábasele que el ligio, por haber dado muerte á Crotón, era un ser sobrenatural, un dios que había tomado la figura de

un bárbaro. Creía en aquel momento en todas las divinidades, y hasta llegó á sospechar que el atleta había sido muerto por el Dios de los cristianos. Sólo después de haber recorrido algunas callejuelas y encontrado á varios obreros que se dirigían al trabajo logró tranquilizarse. Falto de aliento, sentóse en el umbral de una casa y se enjugó con el borde del manto el sudor que le corría por la frente.

—Soy viejo y tengo necesidad de descanso—gimió.

Los obreros, que venían en dirección contraria, torcieron por una calle transversal, y de nuevo el griego se encontró solo. La Ciudad aún dormía. En los barrios aristocráticos, donde los esclavos tenían que levantarse al amanecer, empezaba la animación muy temprano, pero en aquellos otros en que vivía la población libre y ociosa, sustentada á expensas del Estado, la gente despertaba muy tarde, especialmente en invierno.

Quilón, á poco de estar sentado, sintió frío, y asegurándose de que durante la carrera no se le había caído la bolsa que Vinicio le entregara, se levantó y encaminóse derechamente hacia el río.

—Quizás—decía para sus adentros—veré aún el cadáver del atleta. ¡Oh, dioses inmortales! Si aquel ligio es realmente de carne y hueso, podría ganarse en el espacio de un año algunos millones de sextercios. Si ha despanzurrado á Crotón no tiene rival, y por cada victoria en la arena le darían tanto oro como pesa. No se hallaría en todo el orbe mejor Cerbero para guardar á esa muchacha. No quiero habérmelas con él... ¡tiene las manos demasiado duras!... ¿Qué va á ser de tí ahora, Quilón Quilónides?... ¡Qué negra suerte la tuya!... Si ese gigante ha triturado los huesos de Crotón, no hay duda que el alma de Vinicio vaga ya en torno de aquella casa maldita esperando los funerales. Y ¡por Cástor! que el trance es duro, pues se trata de un patricio, de un amigo del César, de un pariente de Petronio, de un hombre conocido en todo Roma, de un tribuno militar. No quedará impune su muerte... ¿Y si fuese á denunciar el hecho á los pretorianos ó á los guardias?... Pero no ¡ay desdichado de mí! ¿Pues quién, si no yo, le condujo á aquella casa? Libertos y esclavos saben cuán á menudo le visitaba, y de muchos es conocido el objeto de mis visitas. ¿Y qué será de mí si sospechan que le he preparado una celada?... Se trata de un patricio, y en modo alguno podré librarme del castigo. Si huyo de Roma no haré más que aumentar las sospechas...

Comprendió el griego que era imprudente llamar la atención de los guardias sobre su persona, y que si desaparecía de la Ciudad, Petronio le haría buscar, si preciso fuere, en los confines del Imperio. Entonces se le ocurrió que el mejor partido era encaminarse á donde se encontraba el *Árbitro* y contarle lo ocurrido, pues estando en antecedentes, daría más fácilmente crédito al relato que los funcionarios públicos. Pero antes de ir en su busca era preciso saber con exactitud lo que le había pasado á Vinicio, y Quilón lo ignoraba. Podía haber sido asesinado el tribuno; pero podía también estar simplemente herido ó cautivo. Y entonces se le ocurrió que los cristianos no habrían llevado su audacia hasta el punto de matar á un personaje tan poderoso, pues con ello se exponían á provocar una persecución general. Lo más probable era que trataran únicamente de retenerle, mientras ocultaban á la virgen cristiana en lugar más seguro.

— Si el terrible dragón ligio — pensaba — no lo ha convertido en picadillo de buenas á primeras, vive; y si vive, él mismo atestiguará que no hubo traición por mi parte, y entonces, no solamente nada tengo que temer, sino que ¡oh, Hermes! te prometo por segunda vez las dos terneras), nuevos horizontes dorados se abrirán ante mí. ¡Bah! Lo que yo debo hacer es dar cuenta de lo ocurrido á Demas, el libertor de Vinicio, y que él se las componga como quiera, refiriendo ó no el hecho á las autoridades. Luego marcharé adonde esté Petronio y aprovecharé la ocasión para obtener una nueva recompensa... He buscado y encontrado á Ligia; ahora le toca el turno á Vinicio, y luego... vuelta á empezar con Ligia... Pero, ante todo, es preciso que sepa si el tribuno está vivo ó muerto.

Cruzóle por la mente la idea de dirigirse al anochecer á la tahona de Demas, á fin de interrogar á Oso; pero la desechó inmediatamente, movido por un muy natural recelo. ¿No era probable que el ligio hubiese confiado á personas de autoridad entre los cristianos su propósito de matar á Glauco y que éstas, al disuadirle de llevarlo á cabo, le abrieran los ojos respecto á las aviesas intenciones de quien se lo sugirió? Además, el solo recuerdo de Oso llevando en hombros el cadáver de Crotón le hacía temblar como un azogado. Ultimamente pensó valerse de Euricio para averiguar lo acontecido; pero como la noche pasada en vela, la expedición al Ostriano y las fatigas de la desenfrenada carrera por callejuelas y callejones le habían rendido y

extenuado, decidió comer, bañarse y descansar antes de poner su plan en práctica.

No obstante sus cuitas, infortunios y espantos, tenía un poderoso motivo para regocijarse: el haberle provisto Vinicio abundantemente de dinero. Así, pues, apenas se abrieron las tabernas, metióse de rondón en una, y comió y bebió tan sin medida que, habiéndole entrado ganas de dormir, fué á su casa ahito y tambaleándose. Abierta la puerta por el esclavo comprado con el dinero de Vinicio, dirigióse al *cubiculo*, y, cayendo como una piedra sobre el lecho, quedóse profundamente dormido.

Despertóle por la tarde el esclavo para decirle que le esperaba un hombre, el cual tenía que hablar con él de un asunto urgente.

El griego se desperezó en seguida, echóse sobre los hombros un manto con capucha, y, dirigiendo una mirada escrutadora á la puerta del *cubiculo*, percibió la figura gigantesca de Oso.

Frio glacial invadióle todo el cuerpo y dejó de latirle el corazón. Durante un buen espacio de tiempo no pudo articular palabra; por fin, castañeteándole los dientes, logró decir:

— ¡Livo!.. no estoy en casa... No conozco á ese hombre...

— Le he dicho ya, señor, que estabas y que dormías — contestó el esclavo — y se ha empeñado en que te despertara.

— ¡Oh, dioses! Dile...

Oso, cansado de esperar, se aproximó é inclinándose introdujo la cabeza en el *cubiculo*:

— ¡Quilón Quilónides! — dijo.

— ¡*Pax tecum!* ¡*Pax!* ¡*Pax!* — gritó el filósofo. — ¡Oh, tú, el más virtuoso de los cristianos! Sí, sí... Soy Quilón, sin duda... Pero has sufrido un error, seguramente... ¡Yo no te conozco!...

— ¡Quilón Quilónides! — repitió Oso. — Vinicio, tu señor, ordena que te vengas conmigo adonde él está.